

la crónica confidencial: josé enrique rodó

wilfredo penco

La otra cara del sepelio

El concepto generalizado (y erróneo por parcial) que se tiene de la obra y de la vida de José Enrique Rodó, provoca la dificultad de vincular su nombre a movimientos populares espontáneos, tumultuosos y desordenados. Sin embargo, algunos incrédulos habitantes de Montevideo pudieron comprobar, los días 28 y 29 de febrero del año 1920, que una multitud se volcó a las calles de la ciudad para recibir los restos del autor de *Ariel* y *Motivos de Proteo*, traídos desde Italia en el vapor *Principessa Mafalda*. Las crónicas de las ceremonias realizadas y sus preparativos, que recogen los diarios de la época, aportan datos de singular interés en cuanto revelan la incidencia de factores sociales, políticos y extra-literarios en el desarrollo de los homenajes.

El documento que se transcribe en esta oportunidad es uno de los testimonios más significativos de los acontecimientos a que se ha hecho mención. Se trata del fragmento de una carta fechada el 5 de marzo de 1920, dirigida por el entonces flamante Sub-Director del Archivo y Museo Histórico Nacional,

Telmo Manacorda, a José Pereira Rodríguez, profesor del liceo departamental de Salto. Las notas que se han confeccionado para el texto de dicho fragmento solamente tienen como finalidad la aclaración de nombres o hechos relatados por el corresponsal, y han sido elaboradas en base al valioso material que integra los "Archivos José Enrique Rodó y José Pereira Rodríguez" del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional.

Los vaivenes del homenaje

Las noticias de la muerte de Rodó, acaecida en Palermo (Sicilia) el 1° de mayo de 1917, llegaron a Montevideo pocos días más tarde: informaciones que indicaban erróneamente a Roma como lugar del deceso. Inmediatamente los homenajes comenzaron a sucederse y la repatriación del cadáver fue una de las iniciativas que circuló con mayor insistencia; la guerra europea —sin embargo— hacía prácticamente imposible llevarla a cabo. Si se recorren los diarios de esos años podrá observarse el fenómeno de eclosión panegirística que se produjo en torno al nombre de Rodó. Notas, conferencias y discursos apologeticos recalaban en las páginas de la prensa escrita y un ambiente de decididamente favorable al escritor uruguayo se proyectó sobre diversos sectores de la opinión pública. Los elogios a Rodó, apuntaban fundamentalmente a su obra literaria, y entre ellos, algunos demostraban la improvisación de sus autores. Pero la figura del escritor, se fue convirtiendo además, en un símbolo de carácter político. Los diarios de la oposición se encargaron de atacar sucesivamente al Poder Ejecutivo, a la Comisión de Homenaje, e incluso a la gravitante presencia de José Batlle y Ordóñez, que constituía una suerte de para-oficialismo, y cuya influencia estaba definitivamente instaurada en el país. Finalmente en marzo de 1918, la Asamblea General aprobó un proyecto de ley de honores a Rodó, y en octubre del año siguiente Antonio Bachini se embarcaba en el puerto metropolitano para dirigirse a Italia con la misión oficial del traslado de los restos.

Las consecuencias de una carta

Esos tres años que separan la muerte de José Enrique Rodó, de la repatriación de su cadáver, en vez de amortiguar los impulsos y entusiasmos iniciales, fueron aumentando la expectativa popular. Y el hecho que llevó al grado máximo el climax de efervescencia que por entonces se vivía, fue la correspondencia que desde Londres envió el señor Julián Nogueira, relatando los últimos días de Rodó. Dicha carta, publicada en *El Día*, el 28 de enero de 1920, que fue calificada por Montero Bustamante como el fruto de una lamentable pesquisa, un poco macabra, desencadenó furibundas e indignadas respuestas por parte de los defensores y amigos de Rodó. En *La Noche* se inició una encuesta en que participaron Víctor Pérez Petit, Ambrosio L. Ramasso, Horacio Maldonado, Raúl Montero Bustamante, Abel J. Pérez, Michelángelo Ferrero, Luis Fabregat, Daniel Martínez Vigil y Luisa Luisí, quienes respondieron un cuestionario del siguiente tenor: 1. ¿Cree usted que Rodó, en su faz puramente

literaria, no ha obtenido en el Uruguay una admiración equivalente, por lo menos, a aquella en que se le tiene en los demás países sudamericanos? 2. ¿La intervención de Rodó en las luchas políticas de su patria, ha hecho desmerecer su personalidad a los ojos de sus contemporáneos? 3. ¿Es necesariamente erróneo en un escritor su participación en la política? Las contestaciones no fueron de unánime rechazo a los planteamientos realizados por Nogueira. Pero la encuesta cumplió la finalidad perseguida: el desagravio. Y mientras el cadáver cruzaba el océano Atlántico, en Montevideo el nombre de Rodó circulaba por los más diferentes estratos sociales. Así lo entendió con un inequívoco olfato comercial el librero Maximino García, que ofrecía en venta las obras de Rodó, desde las páginas de los diarios. Quizás por ello también, apareció el siguiente aviso en la edición de *El Bien Público* del 26 de febrero de 1920 (pág. 4 cols. 6 y 7): *Distintivos de celuloide / con el retrato de / Rodó / Venta por mayor / Bendaham y Cía. / Río Branco 1391.*

LA CRONICA CONFIDENCIAL

Aún estamos con la impresión, grande y desconcertada a la vez, de los homenajes a Rodó. Grande por la desproporción entre las multitudes nunca vistas, inmensas, que llenaban las calles y rebasaban las casas y los horizontes visuales: desconcertada por los detalles cómicos y ridículos o mezquinos de este mundo montevideano, así mal en el fondo subterráneo de los hombres que actúan y de las cosas que figuran. Antes de seguir adelante, te croniquearé (sic) todo, un poco tardíamente, pero al través de nuestros ojos y de nuestra actuación personal. Así, te damos la impresión nueva y disinta de los diarios.

El sábado amaneció lloviendo. Yo es-

taba trabajando desde las cinco de la mañana con el discurso para Mezzera. (1) A los doce menos veinte tomé un tren y fui me al centro a llevárselo. Ambiente de fiesta en las calles. Pino (2) se fue con otros, de mañana, a la Isla de Flores. (3) A las 3 de la tarde fuimos con la China (4): la dejé a ella en el Liceo, y cruzando calles de expectativa, llegué a Andes y 18, por donde ya

(1) Dr. Rodolfo Mezzera, Ministro de Instrucción Pública. Manacorda fue hombre de confianza del Secretario de Estado, durante su gestión ministerial.

(2) Dr. Manuel Machado, Subsecretario de Instrucción Pública. Integró la comitiva encargada de recibir los restos de Rodó en la Isla de Flores.

(3) La comitiva partió del puerto montevideano en el vapor "Uruguay", a las nueve y media de la mañana. En la Isla de Flores esperaban los pasajeros del *Principessa Mafalda*, entre los cuales se encontraban Bachini y Gómez Haedo. El buque italiano había arribado a la isla cuarenta y ocho horas antes, y su tripulación quedó en observación durante los días siguientes debido al mal estado sanitario que presentaba. El cadáver de Rodó había sido transbordado al vapor "Sanidad". Con la comitiva, los viajeros, y los restos, partió el "Uruguay" hacia Montevideo a las 14 horas y a las 15.15, llegaba al muelle capitano. Cuarenta y cinco minutos más tarde, el cadáver era desembarcado.

(4) Tercera Nilar, de Manacorda

venía el cortejo (5). Apenas media cuadra de gente, en marcha, tras la cureña sin adornos, que traía la caja. Enorme público, eso sí, en las aceras, en las plazas, en los autos, en las casas... Poco a poco, la columna aumentaba. La gente se iba incorporando. Al llegar a Cagancha, ya había síntomas de inquietud y de atropellamiento. Tras la cureña, los hermanos de Rodó (6), Bachini (7), el introductor de embajadores (8), Gómez Haedo (9), unos cuantos marinos y oficiales, la comisión de homenaje (10), ego... De la tercera fila para atrás, la multitud innominada, hombres, mujeres, niñas, soldados... Cerca de Médanos, ya éramos tres o cuatro o cinco cuerdas, de pared a pared... En el puerto había habido mucha gente, que huyó en trenes, para ganar lugar, a la Universidad. Delante la casa de Rodó, cinco minutos de espera y de tristeza (11). Gritos, lloros, coronas... Al llegar a la Universidad, una multitud tres veces mayor nos esperaba. Fue el acabóse. De un empujón, desesperado, llegué, desde la esquina Yaro hasta allá arriba de los pilares que dan entrada al paraninfo de la Universidad. Una cosa horrible. Gritos, clamor, hulular... ¡Orden, cultura, señores, gritaba la gente! La avalancha

(5) El itinerario seguido por el cortejo desde el puerto hasta la Universidad fue el siguiente: Colón, Cerrito, Zabala, 25 de mayo, Ituzaingó, Sarandí, 18 de Julio.

(6) La prensa de la época señala que los hermanos de Rodó presentes en el puerto, eran Eduardo y Alfredo.

(7) Antonio Bachini fue designado oficialmente para realizar las gestiones relacionadas con la repatriación de los restos de Rodó.

(8) Fermín Carlos De Yéregui. (V. nota 18).

(9) Juan Carlos Gómez Haedo, secretario de Embajada. Secundó a Bachini en las gestiones asignadas por el gobierno uruguayo e integró la delegación que acompañó el cadáver desde Italia hasta Montevideo.

(10) La Comisión de Homenaje estaba integrada de la siguiente manera: Presidente, José Scosería; Secretarios, Julio Lerena Joanicó y Alberto Reyes Thevenet; vocales, Emilio Barbaroux, Pedro Blanes Viale, Américo Ricaldoni, Víctor Pérez Petit, Eduardo Monteverde, Roberto P. Rivas, Juan Antonio Zubillaga, Luis Supervielle, Ismael Cortinas, Alejandro Tállice José Pedro Segundo, Horacio Abadie Santos y Dardo Regules.

(11) Doña Rosario Piñeyro de Rodó, madre del escritor, había fallecido veintiseis días antes, el 3 de febrero de ese año.

nos puso al lado del catafalco, de un golpe. Los guardias republicanos andaban en el aire, balanceados como una cáscara sobre las aguas revueltas. Una cosa espantosa. Bachini no tiene voz y su discurso, lindísimo, no se oye. La "foule" se entretiene en hacer obstinados impulsos, de las mareas se suceden y nos llevan y nos raen contra la pared, contra el catalfo (sic). Mezzera, que es elocuente y grita, domina y calma un poco las furias multánimes. Apenas ha terminado, un clamor invade irrespetuosamente todo aquello. Los rezagados atropellan y desalojan y se van y vuelven... No hay policía que valga. Medio desmayado, congestionado, temblante, salgo entre algunos, hasta la calle que empieza a limpiarse... Me voy.

El catafalco, mínimo. Todo el frente de la Universidad, sin adornos ni atributos: alegre casi. Muy de empresa de pompas fúnebres, todo aquello. Desilusión, desilusión, desilusión (12).

Son las ocho de la noche. Las calles vuélvense ríos de gente que confluye hacia la Universidad. Aire de velorio o de fiesta. A las nueve llegamos con la China y una amiguita a la plazoleta de la Universidad. Aquello desborda. Rodeando el catafalco seis bomberos con antorchas que dan fantástica impresión. Lo demás, oscuro, rumoreante, hervor de gente apretada... Contra la pared, desliziándonos, llegamos hasta allá arriba. No nos dejan detener. Hay que seguir. En el atrio de la Universidad hay enorme confusión. En los álbumes firmamos.

(12) De acuerdo a las informaciones recogidas por la prensa, la explanada de la Universidad fue decorada por la casa Maple, bajo la dirección de los señores Luis Guillot y Julio Lerena Joanicó.

La China, por ella y por Mora (13). Yo, por mí y por tí. ¡Hay que seguir! —dicen los coraceros. ¡Siga señor! ¡Vamos, señora, siga! Deteniéndonos, recostándonos, hacemos tiempo, buscamos un sitio. Demasiada luz, adentro. Demasiada confusión, que presta alegría sacrilega. Ya hay muchas placas y coronas en exposición. Llegan las Stas. y los Stos. de la Asociación Coral. Somos desalojados. Afuera, la noche, los ruidos de la ciudad se apagaban entre los rugidos de la muchedumbre, que toma desde Sierra hasta Gaboto, que clama allá atrás, de la Universidad, que inunda todo... Las antorchas se deshacen en luz. Los bomberos, hieráticos. El catafalco cubierto de banderas y de flores. Por ahí nomás nos quedamos. Al borde del precipicio... La Banda Municipal toca "Parsifal"... Unos trenes que quieren pasar son detenidos por la gente. Le quitan el trolley. Los ocupan. Clamor, ruidos, escándalo. La comisión de homenaje no existe. La fuerza pública no alcanza. La velada está en manos del pueblo en manos, que grita, que ruge...

Plantón, haciendo pininos ante el empuje, desde las 9 hasta la una de la mañana. Prando (14) quiere hablar desde los pies del catafalco. No lo dejan. Un griterío infernal. A las 12 en punto, a la luz fantástica de los hachones, —suprimidas todas las demás luces eléctricas— ante un pueblo enorme, que se agita allá abajo, comienzan a cantar la marcha fúnebre de Chausson, y después el Hostias de Mozart. Es imponente. Orfeo domina y sugestiona la multitud. El escán-

(13) María Machado de Pereira Rodríguez.

(14) El Dr. Carlos María Prando habló poco antes de las 12 de la noche, en nombre de la Sección de Enseñanza Secundaria.

dalo brutal se aplaca de golpe, y sólo, al ruidito leve de las antorchas que se quemán y de las estrellas que pasan,— el Hostias, estremece el alma. Hermosísimo momento. Lo más grande, lo más emocionante de todo. No tengo palabras para reflejártelo, siquiera fuese como un ligero estremecimiento de alma que te llegara, al través de mis palabras.

Toda la noche la misma multitud. Lindo, lindo. Encienden en las esquinas de la plazoleta, unos braceros grandes, que elevan unas piras llameantes...

A las once de la mañana voy por allá. La feria franca de enfrente, me revienta. ¡Qué bárbaros! ¡No haberla suprimido! Aquello es un altar ante quien llegan, eternamente, en un torrente férvido, hombres, mujeres, sucios, pobres, lujosos, de levita y felpa, obreros de gorra en mano, mujeres, mujeres, mujeres... Y flores. El tûmulo es todo de flores: los pilares, flores: la escalinata, flores...

A las dos de la tarde, la calle 18 está imposible. Faltan dos horas todavía. El ejército va ocupando su lugar. Cañones, caballos, banderas, uniformes entorchados... En un taxi hacemos una recorrida ligera, antes que corten el tráfico. Desde Defensa, cuatro o cinco cuadras más arriba de la Universidad, hasta Yaguarón y el Cementerio, aquello impresionada. Da miedo, curiosidad, inquietud. Al Central no podemos llegar. Los dados de la mano, como los chiquilines que juegan a la ronda, impiden la aglomeración. Los otros, a caballo, atroneilan incesantemente. Cuando venga la avalancha, todo quedará en nada.

Nos estacionamos en Yaguarón. Enharenaron (sic) el asfalto. Pasa la gente. Sin solución de continuidad. Empujados por la avalancha, vemos pasar el cortejo. Entre dos filas de los cadetes militares va la cureña. Detrás, Brum (15), los Rodó, Mezzera, Terra (16), el

(15) Dr. Baltasar Brum, presidente de la República desde el 19 de marzo del año anterior.

(16) Dr. Gabriel Terra, Ministro del Interior.

arzobispo (17) en segunda fila, etc. Enseguida, la turbamulta. Entre la avancha se ven pasar, nadando como corchos en la corriente, algunas galeras de felpa que quedaron atrasadas. Los guardias civiles han sido arrollados como muñecos contra las paredes y los árboles. Frente al Cementerio, Brum no tiene delante suyo más que un redondel de un metro de circunferencia. De repente lo vemos abrir un poco las piernas. De abajo, como un gato, aparece un hombre. Es el doctor Pedro Turena, medio loco. Lo insulta a Brum. Lo apostrofa porque no lo dejan hablar a él, que quiere decir un discurso (18). Brum le da las espaldas. Carga el escuadrón para desalojar aquello. Tumultos, escándalo. Los discursos se reducen a subir y bajar la tribuna (19). Apenas se puede hablar. Hay necesidad de acortar aque-



llo, por Brum, por Rodó, por todos. Desorden general.

He aquí la cosa. Me falta mucho, visto y oído, para contarte... Mezquindad, retaceamiento... Pobreza, falta de grandiosidad, de fantasía, de orden, como cuando Hugo o cuando Darío o cuando Mitre... Etc., etc., etc. (20).

(17) Monseñor Francisco Aragoné.

(18) El Dr. Pedro Turena, apasionado político nacionalista, publicó pocos días después la nota que reproducimos: Al Introdutor de Embajadores / Frente al cadáver / Su intromisión demasiado protocolar en el acto del sepelio nos cerró los labios a Carlos Cavaco, a Miguel Angel Ferrero y a mi que pretendí hablar en nombre de los exploradores argentinos / "San Lorenzo" y del club Saravia-Lamas.García. / Pero, el protocolo no autoriza a echar mano de la fuerza pública para manosear a los ciudadanos que, aunque modestos hijos del Pueblo, son altivos, que no se doblegan ante el imperio brutal de las bayonetas. / Hable el Introdutor... / Pedro Turena. (En La Noche. Montevideo, martes 2 de marzo de 1920, pg. 1, col. 3) En El Telégrafo, (Montevideo, martes 9 de marzo de 1920, pg. 1, col. 2) el Dr. Turena publicaría otra nota, esta vez dirigida a sus correligionarios, los miembros del Consejo Nacional e Administración Dr. Martín C. Martínez y Alfredo Vázquez Acevedo, increpándoles la oposición sostenida por los mismos —según el articulista— a que se librara la orden de pago para la adquisición de las obras de Rodó, dispuestas por ley.

(19) Los oradores en el Cementerio Central, fueron: por el Cuerpo Diplomático, el Ministro Plenipotenciario de Italia, marqués Maestri de Molinari; por el Senado, el Señor Carlos Roxlo; por la Cámara de Representantes, el Dr. Francisco Alberto Schinca; el delegado del gobierno de San Salvador Gustavo A. Ruiz; por el Comité Ejecutivo de Homenaje, el Dr. Victor Pérez Petit; por "La Nación" de Buenos Aires, Arturo Giménez Pastor; el delegado de los estudiantes argentinos, Vicente Pessolano; el delegado mejicano Manzanera del Campo; y el presidente de la delegación paraguaya, Juan Vicente Ramírez. Este último dejó en su libro Visiones uruguayas (impresiones de un viaje) (Biblioteca paraguaya del Centro E. de Derecho Imp. Ariel, Asunción, 1920), una crónica detallada de los homenajes. El Dr. Juan Zorrilla de San Martín había hablado en la Universidad, en nombre del presidente de la República, previamente a que el cortejo se dirigiera al Cementerio Central.

(20) El mismo Telmo Manacorda publicó en la revista Pegaso (Año II. Nº 20, febrero de 1920, Montevideo, pgs. 288 a 298) una crónica titulada: Las fiestas de Rodó. Los pasajes finales de la misma sirven de complemento de la carta, porque relatan los últimos detalles del entierro que fueran omitidos en el relato enviado a Persira Rodríguez: Conducen el féretro a la capilla de la Rotonda y los clérigos offician la ceremonia ritual que pidió la familia. Cirios, antorchas, latines, incienso... / Por el camino más corto, ya en la penumbra del atardecer, simplemente, la Comisión de Homenaje deposita en el Panteón Nacional, bajo el nicho de Juan Carlos Gómez, frente a las cenizas de Artigas, los despojos del Maestro. / Recién entonces se abren los grandes portones de entrada, pero el público no puede pasar, no cabe allá adentro. La comitiva oficial y la familia se retiran por las vías laterales, mientras la concurrencia permanece como arremolinada. La apoteosis popular toca a su fin, —tres veces mayor en su expresión y en su grandeza, — que todas las honras fúnebres determinan. / El Panteón Nacional se llena de coronas de bronce, de placas de mármol, de montones de flores blancas y rosadas, que afrontan la luz rutilante de la inmortalidad del Maestro, bajo el arco sepulcral de los héroes de la patria, donde él se queda para siempre, ya universalmente consagrado. / Afuera se hace la noche sobre la muchedumbre que vuelve invadiendo todas las calles de la ciudad, mientras suenan lejanos los clarines victoriosos, y como en la última página de "Ariel", — la multitud desfila en el largo silencio de su desolación, destilando su dolor, hasta que el contacto de la realidad nos devuelve a la vida, bajo el cortejo infinito de las estrellas que desde el cielo nos están mirando sin precisar que nosotros las miremos.